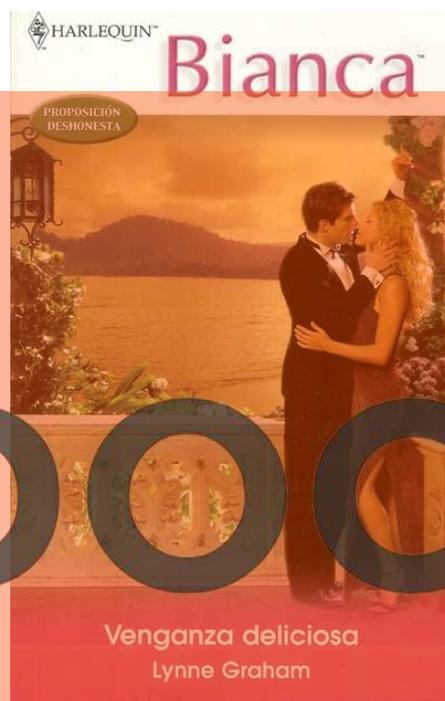


# Venganza deliciosa

Lynne Graham

9º Serie Multiautor Los implacables



## **Venganza deliciosa (2008)**

**Título Original:** The Italian's inexperienced mistress (2007)

**Serie:** 9º Serie Multiautor Los implacables

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Bianca 1826

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Angelo Riccardi y Gwenna Hamilton

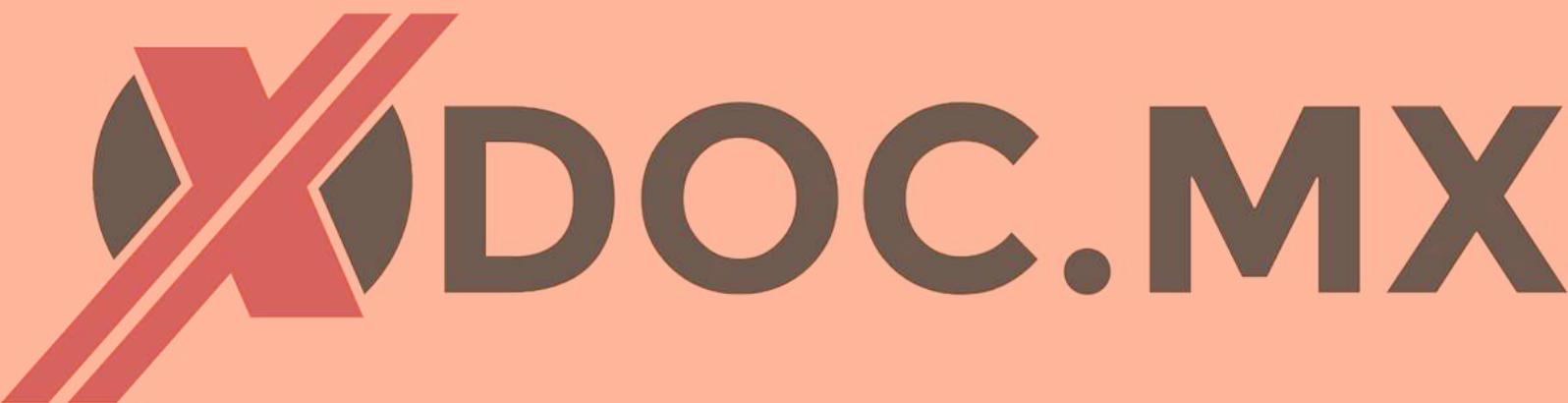
### **Argumento:**

*Era despiadado en los negocios y en las relaciones...*

*Cuando se dispuso a vengarse por la muerte de su madre, Angelo Riccardi tenía en mente una humillación legal y económica. Pero Gwenna Hamilton le añadió un elemento realmente delicioso al plan. Tan bella como inocente, Gwenna no tuvo elección cuando el empresario italiano entró en su vida como un depredador y le ofreció un pacto*

*con el diablo: la libertad de su padre a cambio de su cuerpo.*

*En su ingenuidad, Gwenna creyó que Angelo se cansaría de ella y de su inexperiencia. Pero él tenía en mente algo más que una noche...*



## Capítulo 1

Angelo Riccardi descendió de su limusina, un pesado vehículo blindado construido para resistir un ataque con misiles. El calor que reinaba en el exterior resultaba casi insoportable, pero las gafas de sol que él llevaba puestas le protegían los ojos del potente sol de Venezuela. El intermediario inglés que había ido a recogerlo al aeropuerto, muy intranquilo, le hablaba sin parar y, aunque Angelo comprendía la tensión que el primero sentía, no dejaba de sentirse algo irritado por ella.

Angelo no había experimentado el miedo desde su infancia, una sensación vergonzosa que le habían quitado a golpes. Había conocido el miedo, el odio y la amargura, pero el miedo ya no ejercía poder alguno sobre él. Su imparable ascenso al poder lo había catapultado a las portadas de cientos de revistas y periódicos, pero su nacimiento y su ambiente familiar siempre se habían visto envueltos en un halo de misterio. Había conocido la verdad sobre su familia cuando tenía dieciocho años. Aquel mismo día, el idealismo había muerto en él cuando vio que le sería imposible seguir la trayectoria profesional que él habría elegido. Según iban pasando los años, se había ido haciendo más duro, más frío y más implacable. Había Utilizado su brillante intelecto y, su agudo instinto para construir un enorme imperio empresarial. El hecho de que jamás hubiera tenido que quebrantar la ley suponía un orgullo para él.

—Hay muchos miembros de seguridad aquí —musitó Harding, su acompañante.

Era cierto. Había guardas armados por todas partes: sobre los tejados, en los jardines... Él estado de alerta resultaba casi palpable.

—Debería hacer que te sintieras más seguro —replicó Angelo.

—No me sentiré seguro hasta que no vuelva a estar en casa —afirmó Harding, secándose el sudor con un pañuelo.

—Tal vez éste no era trabajo para ti.

—Créame si le digo que estoy encantado de estar a su servicio...

Angelo no dijo nada. Le sorprendía que aquel hombre hubiera sido el elegido para actuar como intermediario en una reunión secreta. Penetró en el interior del opulento rancho al que habían llegado. Allí, le esperaba un hombre maduro, que despachó a Harding y saludó a Angelo con una respetuosa curiosidad.

—Es un verdadero placer conocerlo, señor Riccardi —le dijo el hombre, en italiano—. Me llamo Salvatore Lenzi. Don Carmelo está ansioso por verlo.

—¿Cómo está?

—En estos momentos, su estado es estable, pero es probable que sólo le queden dos meses.

Angelo asintió. Se lo había pensado mucho antes de acceder a aquella visita. La precaria salud del anciano había sido el acicate que necesitaba. El famoso Carmelo Zanetti, capo de una de las familias de mafiosos más peligrosas del mundo, era un desconocido para él. Sin embargo, Angelo jamás había podido olvidar que por sus venas y por las de Carmelo Zanetti corría la misma sangre.

El anciano yacía postrado en una cama, rodeado de máquinas. Con pesada respiración, observó a Angelo y suspiró.

—No te puedo decir que te pareces a tu madre porque no es así. Fiorella era muy menuda...

Los rasgos de Angelo se suavizaron casi imperceptiblemente. Su madre le había mostrado la única ternura que había conocido en toda su vida.

—Sí...

—Sin embargo, sí te pareces a tu padre. Tus padres fueron el Romeo y la Julieta de su generación. Un Sorello y una Zanetti... Para las dos familias, distaba mucho de ser una unión perfecta. Los recién casados acabaron mal a las pocas semanas de la boda...

—¿Es ésa la razón por la que mi madre terminó fregando suelos para poder ganarse la vida? —preguntó Angelo, muy sereno.

—Terminó así porque abandonó a su esposo y deshonoró a su familia. ¿Quién creería que fue mi favorita? Me encantaba mimarla y concederle todos sus deseos.

—Es decir, mi *mamma* era una verdadera princesa de la mafia —comentó Angelo con ironía, poco impresionado por lo que el anciano acababa de decirle.

—No te burles de lo que no conoces. Tu *mamma* tenía el mundo a sus pies. ¿Y qué hizo? Le dio la espalda a toda la educación y los buenos modales que había recibido y se casó con tu padre. Comparados con nosotros, los Sorello eran cafoni... gente de clase baja. Gino Sorello era un alocado guaperas que siempre estaba buscando pelea. Ella no pudo controlarlo a él ni a sus actividades extramatrimoniales.

—¿Y cómo trató usted con la situación?

—En mi familia no nos metemos en la relación de un hombre con su esposa. Cuando Gino fue encarcelado por segunda vez, tu madre lo abandonó. Se marchó de casa y dejó atrás sus responsabilidades como si fuera una niña pequeña.

—Tal vez le pareció que tenía razones suficientes para hacerlo.

—Y tal vez a ti te espere alguna que otra sorpresa porque, según creo, pusiste a tu madre en un pedestal cuando ella murió.

La ira que provocó en Angelo aquel comentario le hizo palidecer a pesar de su bronceado aspecto. Sin embargo, guardó silencio porque sabía el regocijo que produciría en Carmelo aquella reacción.

—Fiorella era mi hija y yo la quería mucho —añadió—, pero me deshonró y me desilusionó cuando abandonó a su esposo.

—Mi madre tenía veintidós años y Sorello había sido condenado a cadena perpetua. ¿Acaso no tenía derecho a buscarse una nueva vida?

—En mi mundo, la lealtad no resulta negociable. Cuando Fiorella se marchó, todo el mundo empezó a ponerse un poco nervioso por lo que ella pudiera saber sobre ciertas actividades. Su traición era también una mancha en el honor de Gino y eso le procuró muchos enemigos. Sin embargo, lo que la destruyó fue su atolondramiento y su ignorancia.

—Veo que no le perdió usted la pista a mi madre y que sabe lo que le ocurrió cuando llegó a Inglaterra.

—No te va a gustar lo que tengo que decirte.

—Trataré de superarlo.

Carmelo apretó un timbre que tenía al lado de la cama.

—Siéntate y toma una copa de vino mientras charlamos. Por una vez, te comportarás como mi nieto.

Angelo quería negar el parentesco que existía entre ambos, pero no podía. El precio que debía pagar por la información que llevaba tanto tiempo buscando para comprender su pasado era un poco de cortesía. Cuadró los hombros y tomó asiento. Casi inmediatamente un miembro del servicio doméstico le llevó una copa de vino tinto acompañada de unas pastas de almendras sobre una bandeja de plata. Con una mirada extraña en sus agudos ojos, Carmelo Zanetti observó cómo Angelo daba un sorbo a la copa. Entonces, soltó una carcajada.

—*iDio grazia...* Veo que no eres ningún cobarde!

—¿Por qué iba usted a querer hacerme daño?

—¿Qué se sientes al rechazar a todos tus parientes Vivos?

Una sonrisa frunció la hermosa boca de Angelo.

—Evitó que fuera a la cárcel... e incluso puede que me haya mantenido con vida. El árbol genealógico de nuestra familia está lleno, desgraciadamente, de muertes tempranas y de desgraciados accidentes.

Tras un pequeño silencio, Don Carmelo soltó otra sonora carcajada. Alarmado por el tiempo que el anciano tardó en recuperar el aliento, Angelo se levantó de su silla, pero el anciano le indicó con un gesto de irritación que volviera a sentarse.

—Le ruego que me hable de mi madre.

—Quiero que sepas que, cuando se marchó de Cerdeña, tu madre tenía dinero. Mi difunta esposa le había dejado una cuantiosa suma. La desgracia de tu madre fue que tenía muy mal gusto para los hombres —

dijo el anciano. Angelo se tensó. Al notar el gesto, Carmelo le lanzó una cínica mirada—. Te advertí que no te gustaría. Por supuesto que hubo un hombre, un inglés al que conocí en la playa poco después de que tu padre ingresara en prisión. ¿Por qué crees que se marchó a Londres cuando no hablaba ni una palabra de inglés? Su novio le prometió casarse con ella cuando estuviera libre. Cambió de apellido en cuando llegó y empezó a planear su divorcio.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

—Tengo un par de cartas que le escribió su novio. Él no sabía nada de su familia. Cuando ella se instaló, ese hombre se ofreció a ocuparse del dinero de ella y lo hizo tan concienzudamente que tu madre jamás volvió a verlo. Ese hombre la sacó hasta el último penique. Luego le contó que lo había perdido todo invirtiendo en Bolsa.

—¿Hay más? —preguntó Angelo, imperturbable.

—La abandonó cuando se quedó embarazada. Entonces, Fiorella descubrió que él estaba casado.

—No lo sabía... —susurró Angelo, apretando lo dientes.

—Ella perdió al niño y jamás recuperó la salud...

—Y sabiendo todo esto, ¿usted no quiso ayudarla?

—Ella podía haberme pedido ayuda en cualquier momento, pero no lo hizo. Te seré sincero. Fiorella se había convertido en una vergüenza para todos nosotros y, además, se produjeron ciertas complicaciones. Gino apeló y salió de la cárcel. Él quería recuperarte a ti, su hijo, y vengarse de su esposa infiel. El paradero de tu madre debía mantenerse en secreto para evitar que tú cayeras en manos de un hombre alcohólico y violento. Nuestro silencio os mantuvo a los dos con vida.

—Pero no evitó que pasáramos hambre —replicó Angelo, sin ningún tipo de inflexión en la voz.

—Tú sobreviviste...

—Pero ella no.

—No soy un hombre que sepa perdonar. Fiorella defraudó a la familia y el insulto final fue el hecho de que creyera que tenía que mantener a su hijo alejado de mi influencia. Me telefoneó cuando la salud empezaba a fallarle. Le preocupaba lo que pudiera ocurrirte, pero, a pesar de todo, me suplicó que respetara sus deseos y que no te reclamara cuando ella hubiera muerto.

Angelo vio que al anciano se le estaban acabando las fuerzas y decidió dar por concluida la reunión.

—Le agradezco mucho su sinceridad. Ahora, me gustaría que me diera el nombre del hombre que arrebató a mi madre todo su dinero.

—Se llamaba Donald Hamilton —dijo Don Carmelo. Entonces, tomó un enorme sobre y se lo entregó a Angelo—. Las cartas. Llévatelas.

—¿Qué le ocurrió a ese hombre?

—Nada.

—¿Nada? Mi madre murió cuando yo tenía siete años.

—Y aquí estás, orgulloso de no ser ni un Zanetti ni un Sorello. Si tan diferente eres de tus parientes, ¿por qué quieres saber el nombre de ese hombre? ¿Qué piensas hacer con él? Te ruego que no hagas tonterías, Angelo.

—No me puedo creer que sea usted precisamente el que me está diciendo eso —comentó Angelo con una carcajada.

—¿Y quién mejor? Me he pasado la última década en el exilio. Mis enemigos y las fuerzas del orden me han buscado por todo el planeta. Ahora, se me está acabando el tiempo. Tú eres el pariente más cercano que me queda. Además, llevo toda la vida pendiente de ti.

—No me había dado cuenta...

—Tal vez somos más inteligentes de lo que te piensas. Tal vez también descubras que, en el fondo, tienes más en común con nosotros de lo que quieres admitir.

Angelo levantó la cabeza con arrogancia y adoptó una actitud orgullosa que dejaba muy claro lo que pensaba al respecto.

—No, no lo creo.

Con una cesta de flores colgada del brazo, Gwenna se apresuró por el embarrado sendero detrás de los dos niños. Encantados con los ruidos que ella iba haciendo en su papel de oso perseguidor, Freddy y Jake estaban muertos de risa. Con Piglet, su pequeño chucho, pisándole los talones y ladrando como un loco, el grupo resultaba muy ruidoso. De repente, el sonido insistente de un teléfono móvil hizo que Gwenna se detuviera y, de mala gana, se sacó el aparato del bolsillo.

—Te apuesto a que es la Malvada Bruja otra vez —predijo Freddy con tristeza.

—Callad... —dijo Gwenna. Le habría gustado que la madre de los pequeños tuviera más cuidado con lo que decía delante de sus hijos.

—He oído que mamá le decía a papá que tú jamás conseguirás un hombre mientras la Malvada Bruja siga ordenándote cosas. ¿Necesitas uno? —preguntó Jake.

—Por supuesto que sí... para tener hijos y para que le cambie las bombillas —le dijo Freddy a su hermano, muy serio.

—¿Oigo a esos niños?—preguntó Eva Hamilton—. ¿Has vuelto a permitir que Joyce Miller te cargue otra vez con esos horribles mocosos?

—Regresaré en menos de una hora —replicó Gwenna, ignorando la pregunta.

—¿Tienes idea de lo mucho que aún queda por hacer?

—Creía que los del catering...

—Hablabas de la limpieza —repuso su madrastra. Gwenna estuvo a punto de echarse a temblar.

Llevaba una semana trabajando sin parar. Le dolía hasta la espalda, que tenía bien tonificada por la actividad física del centro de jardinería donde trabajaba.

—¿Acaso me he dejado algo?

—Los muebles se están llenando de polvo otra vez y las flores del salón se están ajando. Quiero que todo esté perfecto mañana para tu padre, así que tendrás que encargarte de todo esta tarde.

—Sí por supuesto.

Gwenna se recordó que todos aquellos interminables preparativos eran por una buena causa. Además, era un día muy importante para su padre, Donald Hamilton. Él había trabajado incansablemente para reunir los fondos necesarios para comenzar los trabajos de restauración de los descuidados jardines de Massey Manor. Aunque la mansión estaba prácticamente destruida, los jardines habían sido diseñados por un importante paisajista del siglo XIX y el pueblo necesitaba desesperadamente una atracción turística que estimulara la economía local. Un puñado de autoridades locales y la prensa estarían presentes para ser testigos del momento en el que, simbólicamente, Donald Hamilton abriera el candado de la verja de la antigua mansión para que pudieran comenzar los trabajos de restauración.

—La malvada bruja siempre te arrebató la sonrisa —dijo Freddy.

—Yo soy un oso y los osos no sonríen... Los tres se pusieron de nuevo a jugar. De repente, una andanada de sonoros ladridos volvió a interrumpirlos. Se trataba de Piglet. Como sus primeros dueños lo abandonaron en la cuneta de una carretera y el animal resultó herido, el perro había desarrollado una profunda antipatía por los coches, sobre todo si en ellos iba un hombre.

—¡Piglet, no! —exclamó Gwenna, al tiempo que se dirigía hacia el lugar en que su pequeña mascota bailaba furiosamente alrededor de un hombre moreno muy alto.

A pesar de los rayos del sol y del inequívoco encanto del pintoresco y bucólico paisaje que lo rodeaba, Angelo no estaba de buen humor. A pesar del sofisticado sistema de navegación con el que iba equipada su limusina y que había desarrollado una de sus empresas, su chófer había terminado perdiéndose en la maraña de pequeñas carreteras de aquella zona rural. Mientras Angelo se bajaba para estirar las piernas, su equipo de seguridad se esforzaba por localizar otro ser humano en un pueblo completamente vacío. Además, un horrible chucho con orejas de conejo y unas patitas extremadamente cortas lo había convertido en el centro de su ira. Al ver que la descuidada dueña del perro se acercaba a ellos a la carrera, Angelo se preparó para dejarle bien clara su desaprobación.

—¡Quieto ahora mismo, Piglet! —exclamó Gwenna, horrorizada, al ver que el objetivo de su mascota era un hombre ataviado con un immaculado traje oscuro. En su experiencia, esa clase de hombres mostraba menos tolerancia en aquellos casos. Como había dos casas en venta, se preguntó si sería un agente inmobiliario de la ciudad.

Angelo contempló unos impactantes ojos azules que iluminaban un rostro de tal belleza que, por primera vez en su vida, se olvidó de lo que tenía que decir y perdió el momento de hacerlo. Una melena rubia se inclinó hacia el suelo para atrapar al enojado perro.

—Lo siento mucho... Por favor, no se mueva por sí, lo pisa —dijo, mientras trataba de capturar al animal.

De soslayo, Angelo vio que uno de los miembros de su equipo de seguridad se dirigía rápidamente hacia él para proporcionar la habitual barrera entre el resto de la raza humana y él. Sin embargo, él sólo podía contemplar aquella larga melena y preguntarse por qué aquella mujer había producido tanto impacto en su persona.

—Piglet, eres muy malo... Lo siento muchísimo —afirmó Gwenna—. No le habrá mordido, ¿verdad?

Mientras admiraba los hermosos pómulos, los grandes ojos y la generosa boca, Angelo observó también que el mundo de la moda y del estilo resultaban completamente desconocidos para aquella mujer. Llevaba un vestido azul desteñido que le llegaba prácticamente hasta los pies.

—¿Morderme?

—Sí, morderle. Tiene unos dientes afilados como agujas.

Gwenna se sentía algo intimidada por la altura de aquel desconocido. Además, era muy guapo. Todo ello, unido al extraño magnetismo que emanaba de él, provocó que se sintiera muy incómoda en su presencia.

—No, no me ha mordido —respondió, esperando en vano la respuesta sexual que solía recibir de las mujeres.

Ella le evitaba. Esto le molestó, pero le contrarió aún más que, a pesar de los potentes rayos del sol, la piel de aquella mujer retuviera el brillo delicado de una perla. Se preguntó si su piel sería tan pálida en las partes de su cuerpo que quedaban ocultas a la mirada.

—Gracias a Dios. ¡Jake, Freddy! —exclamó la mujer, mirando ansiosamente a su alrededor.

Al ver a los dos muchachos pelirrojos, Angelo se quedó de piedra. ¿Tenía hijos? Sin poder evitarlo, le miró las manos y vio que no llevaba anillo alguno.

—¿Es usted su niñera?

—No —respondió Gwenna, sorprendida por tan inesperada respuesta—. Simplemente los estoy cuidando durante una hora. Ahora, si me disculpa...

Con una extraña sensación en el vientre que le impedía mirar a aquel hombre y le provocaba un nudo en la garganta, Gwenna evitó mirarlo y tomó la cesta de flores que había dejado sobre el suelo.

—Tal vez podría usted decirme si Peveril House queda muy lejos.

Gwenna volvió a centrar su atención en el hombre y miró a su alrededor. No había señal alguna de que hubiera llegado en algún vehículo.

—Está a más de siete kilómetros. Si baja por la carretera que hay detrás de la iglesia, verá un cartel del hotel. La gente no suele venir por aquí.

—Me pregunto por qué no. El paisaje es precioso. ¿Le gustaría cenar conmigo esta noche?

Asombrada por aquella invitación, Gwenna le lanzó una mirada de sorpresa al tiempo que el rubor le cubría suavemente las mejillas.

—Si no le conozco...

—Aproveche la oportunidad.

—No, gracias. No puedo.

—¿Por qué no?

—Bueno, yo...

—¿Acaso tiene novio?

—No, pero... —susurró Gwenna, sin saber qué decir—. Ahora, si me perdona, tengo que marcharme.

Angelo la observó atónito. No se lo podía creer, pero era la primera vez en su vida que una mujer se negaba a salir con él. Esperando que tarde o temprano ella se volviera para mirar atrás, la observó atentamente. La joven no lo hizo.

Tras atar a su perro a un banco de madera que había junto a la iglesia, Gwenna entró en el agradable y fresco interior de la iglesia. Freddy y Jake no dejaban de charlar mientras ella se disponía a reparar el centro de flores para el bautizo que tendría lugar al día siguiente.

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que un hombre la había invitado a salir. Conocía muy pocas caras nuevas. Además, aquel desconocido la intrigaba. Había algo en su pronunciación que sugería que su lengua materna no era el inglés...

Decidió que no había razón alguna para seguir pensando en él, por mucho que la devorara la curiosidad. No iba a servirle de nada. Aquel hombre ya estaría en su elegante hotel. Además, ella no salía con hombres. ¿De qué iba a servirle? Había aprendido que, cuando los hombres decían que les bastaba con la amistad, siempre deseaban ir más allá y eso implicaba una relación sexual. Ella no quería una intimidad física sin amor. Todo lo que había tenido que soportar a lo largo de su vida la había convencido de que los valores más tradicionales proporcionan una protección a los errores más terribles. Era consciente de que su propia